

D A L Í bajo la cúpula

Hubiera preferido —por mi parte— guardar, como recuerdo, la imagen de aquel Dalí eufórico, desconcertante, contradictorio y burlón, a la que estábamos antaño tan habituados. Show-man genial que —él sí— conseguía plenamente, con sólo proponérselo, que las manifestaciones de su *biografía personal* superaran incluso los límites espectaculares de su extensa *biografía artística*.

Pero nos han quedado como grapadas a flor de piel —triste y definitiva ironía del destino— sus últimas y esperpénticas miradas puestas en el vacío. Y es que, sin duda, a veces la realidad misma —como una paradoja siempre repleta de sorpresas— puede también llegar a ser más surrealista que los inusitados fantasmas del subconsciente.

¿Qué más da que la navaja saje lentamente la pupila, que los relojes se vayan derritiendo poco a poco o que una sonda —convertida en el último cordón umbilical del rostro— regule, gota a gota, el forzado latido de la vida?

Quizá en el fondo, con tal mueca inexpresiva y fría, Dalí —trémulo de esperanzas tras su máscara— rubricaba el adiós, cara a nosotros, fiel a sus gestos, reapareciendo intermitentemente para recordarnos, una y otra vez, el mito casi extinto de su inmensa genialidad que se negaba a huir.

Hubiera preferido, ciertamente, recordarle con su interminable bigote engomado, convertido en eterno aguijón de fantasía, arropado en su túnica y blandiendo el cetro de su guiño monárquico y pausado, musitando sonidos estrambóticos en aquel recitar descabellado que parecía digerir —siempre tan suyo— cada palabra para poder mejor saborear el eco entrecortado de sus dislocados pensamientos.

Le encantaba pintar las otras caras de la vida, alargando los sueños hasta hacerlos llegar, a retazos, sobre sus nume-

rosos lienzos. Supo profetizar y abrir —un tanto— algunas capas del misterioso anigma de lo humano. Era, en igual medida, místico e irónico, bufón y trascendente, metafísico y juglar, genio y figura.

Supo abrir y cerrar la válvula de sus emociones a lo largo de sus ochenta y cinco años de existencia (1904-1989). Dijo —como ninguno— cuanto en gana le vino, en cada instante. Con sus contradicciones y *boutades* removió entusiasmos y rechazos. Todo menos la indiferencia.

Plasmó en sus cuadros el amor y la soledad, el horror y el afecto, las pasiones y el juego del azar. Y con ello iba firmando simultáneamente sus obras y su vida. ¿O es que acaso hay —en él— diferencias en estos dos registros de su incontinente creatividad?

Ese “cuerdo paranoico”, que logró hacer de la vida un teatro —siempre entre candilejas o entre muros—, se ocultaba para mejor hacer notar su ausencia o se desnudaba reiteradamente de prejuicios en cada entremés de sus escenas.

Sin duda en la rugosa piel de sus facciones bien ha podido, con más intensidad que nadie, escribir la historia aciaga de nuestro siglo. Y en ese rostro, ya decrepito, se ha llevado, con su secreto existencial, una parte del nuestro, para encerrarlo bajo su cúpula geodésica.

En su museo, como una obra más, aguarda —allí— Dalí la voz de Gala.